



“Los orígenes”

p. 13-50

Josefina García Quintana y José Rubén Romero Galván

México Tenochtitlan y su problemática lacustre

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto Investigaciones Históricas

1978

134 p.

Figuras

(Cuadernos Serie Histórica 21)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de mayo de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/061/tenochtitlan_lacustre.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



I LOS ORÍGENES

1. *Una historia bastante conocida*

MUCHO es lo que se ha dicho y escrito en el transcurso de más de cuatro siglos acerca de la magnificencia de México Tenochtitlan.

Para el mundo europeo esta ciudad cobró realidad en el siglo XVI a través de las descripciones que de ella hicieron los cronistas, algunos, testigos presenciales y partícipes directos en la conquista y destrucción de la capital tenochca. Los relatos de los castellanos no fueron, al momento de ser redactados, solamente palabras envanecidas destinadas a ponderar sus propias hazañas. En verdad también eran sinceros la admiración y asombro que sintieron a la vista de Tenochtitlan.

Su extrañeza se explica fácilmente pues ellos habían llegado de las Islas donde los pobladores carecían de una cultura urbana; y cuando arribaron a las costas de Veracruz, no se imaginaron la existencia de ciudades. Algunas como Tlaxcala y Cholula les impresionaron más adelante por el orden y concierto que guardaban, por las magníficas construcciones que tenían y por el gran número de sus habitantes. Pero el espectáculo de los lagos con sus muchas poblaciones policromas, destacando entre ellas Tenochtitlan, fue algo verdaderamente inusitado para ellos, no obstante que



ya tenían noticias más o menos aproximadas de su apariencia.

...y por otra parte el dicho capitán envió a Diego de Ordaz y a otros, con ciertos principales de Tlaxcala, a ver el camino que los dichos señores le habían dicho que era bueno; y así venidos los primeros, dijeron al dicho capitán como el camino era muy bravo y fragoso, y que los caballos no podían pasar. Y luego otro día vino el dicho Ordaz, el cual dijo que venía espantado de lo que había visto. Y preguntado que qué había visto, dijo que había visto otro mundo de grandes poblaciones y torres, y una mar, y dentro de ella una ciudad muy grande, edificada, que a la verdad al parecer ponía temor y espanto.²

Esta fue, según uno de los acompañantes de Cortés, la primera visión que ojos occidentales tuvieron de México. Pero una vez vencidos el “temor y espanto”, dejaron lugar a la franca admiración. Bien conocidas son las descripciones que de ella hicieron el propio capitán Fernando Cortés y el viejo soldado Bernal Díaz del Castillo. Ambas han venido a ser de un valor pocas veces superado para dar a la posteridad una idea muy aproximada de lo que era Tenochtitlan en los momentos de su máximo esplendor.

Con lujo de detalles, y en el caso de Cortés con

² Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, p. 49-50.



sistemático orden, van dando cuenta del paisaje que la rodeaba, de su extensión y traza, del número de casas que tenía, de los suntuosos templos y palacios, de las terrazas y jardines, de las plazas y mercados, de las actividades de sus habitantes. Nada escapa pues a sus ojos; pero no es en la cantidad de pormenores, con ser esto de tanta importancia, donde nos damos cuenta cabal de la admiración que en ellos suscitó, sino más bien en las comparaciones que varias veces se ven precisados a hacer con ciudades europeas para explicar lo que veían en términos que fueran comprensibles a los lectores a quienes iban destinadas.

Así, Cortés dice que Tenochtitlan era tan grande como Sevilla y Córdoba y que tenía una plaza como dos veces la ciudad de Salamanca; y que

... por no ser más prolijo en la relación de las cosas de esta gran ciudad, aunque no acabaría tan aína, no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.³

Por su parte Bernal Díaz no se queda atrás en

³ Cortés, *Cartas de relación*, p. 51 y 54.



sus elogios y cuando se refiere al mercado de Tlatelolco expresa que en él había tantísima gente vendiendo y comprando que el ruido de las voces podía oírse a más de una legua de distancia, y que muchos de los soldados sus compañeros que habían estado en otras partes del mundo como en Constantinopla y Roma, habían atestiguado no haber visto plaza tan grande, tan llena de gente y con tanto orden y concierto.⁴

Ya desde que llegaron a los lagos y estando en camino a Iztapalapa, manifiesta el mismo Bernal, que quedaron admirados y pensando si todo lo que veían no eran cosas de encantamiento.

*Y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé como lo cuente: ver cosas nunca oídas ni aún soñadas como veíamos.*⁵

Tenochtitlan, pues, se presentaba ante los españoles como cosa de maravilla, pero antes de que ellos llegaran había habido ya quien se ocupara de componer cantos y poemas para loarla. El lenguaje poético, oscuro en ocasiones pero certero las más de las veces, fue utilizado en la época prehispánica para ensalzar a la ciudad tenochca.

⁴ Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, p. 160-161.

⁵ *Ibidem*, p. 147.



Con motivo de una visita que Nezahualcóyotl, señor de Tetzaco, hizo a Motecuhzoma Ilhuicamina, compuso aquél un canto consolatorio para el señor de Tenochtitlan que estaba enfermo. ¿Qué mejor manera de confortarlo que ponderar las cualidades de la ciudad cuyo señorío había heredado de Itzcóatl, de Huitzilíhuitl? Dice así en algunas de sus partes:

*Donde están erguidas las columnas de jade,
donde están ellas en fila,
aquí en México,
donde en las oscuras aguas
se yerguen los blancos sauces,
aquí te merecieron tus abuelos,
aquel Huitzilíhuitl, aquel Acamapichtli.
¡Por ellos llora, oh Motecuhzoma! . . .
. . .El águila grazna,
el ocelote ruge,
aquí es México,
donde tú gobernabas Itzcóatl.
Por él, tienes tú ahora estera y solio.
Donde hay sauces blancos
sólo tú reinas.
Donde hay blancas cañas,
donde se extiende el agua de jade,
aquí en México.
Tú, con sauces preciosos,
verdes como jade,
engalanas la ciudad . . .
. . .La niebla sobre nosotros se extiende,
¡que broten flores preciosas!
¡que permanezcan en vuestras manos!
Son vuestro canto, vuestra palabra.*



*Flores luminosas abren sus corolas,
donde se extiende el musgo acuático,
aquí en México. . .
. . . Se han levantado columnas de jade,
de en medio del lago se yerguen las columnas,
es el Dios que sustenta la tierra
y lleva sobre sí al Anáhuac
sobre el agua celeste.
Flores preciosas hay en vuestras manos,
con verdes sauces habéis matizado a la ciudad.⁶*

Participante en la postrera triple alianza de la región central, o sea, la que formaba con Tetzaco y Tlacopan, fue motivo de orgullo para moradores y extraños, y su existencia misma dentro del lago constituyó un desafío para quienes pudieran tener la pretensión de subyugarla. Este orgullo, este sentimiento pleno de confianza, puede apreciarse en las palabras del poeta:

*. . . empero aquí con fama permanece
la ciudad de Tenochtitlan,
puesto que posee la honra:
nadie teme a la muerte recta.
A vosotros que soís nobles,
así os lo ordenó Dios.
En tu recta mano así esta:
¿Quién, en verdad, hará reposar su escudo,
su estera, su asiento de flechas?
Vosotros, nobles, recordad, pensad:
¿Quién dispersará la ciudad de Tenochtitlan?
¿Quién empujará sus puntales en el agua?
Permanezca bien la ciudad de Tenochtitlan,*

6 León-Portilla. *Nezahualcōyotl. Poesía y pensamiento*, p. 93-97.



*la haga asentarse pacíficamente
Aquel por quien se vive...⁷*

Con creces ilustra este fragmento acerca del sentimiento que los tenochcas tenían de su ciudad y de sí mismos como pueblo guerrero que no temía a la muerte justa, esto es, a la que proveía al sol del líquido precioso necesario para sostener el orden cósmico. También expresa el reto, el alarde frente a otros pueblos: ¿Quién destruirá Tenochtitlan? ¿Quién se atreverá contra ella, asentada como está en medio del agua?

Esta desafiante actitud la tenían, claro está, cuando estaban en el apogeo de su poderío. Pero desde que llegaron a la región central, desde que venían peregrinando, más aún, desde que salieron del lugar originario, esta mística de pueblo escogido, de pueblo con destino muy especial, los venía guiando, los venía empujando y les daba fortaleza para soportar las asperezas de los sitios por los que pasaban, las inclemencias y estrecheces de los años malos, las humillaciones que les infligían otros pueblos ya asentados.

No obstante, esta peculiar energía, esta obstinación que tornaba en beneficios las contrariedades, no basta para explicar cómo un pueblo "bárbaro" y advenedizo pudo recorrer en pocos años el camino que iba de la penuria máxima

⁷ Garibay, Ángel M^o, *Poesía náhuatl*, v. II, p. 18.



a la magnificencia que había alcanzado en el siglo XVI.

Su ciudad, si es que se le puede llamar así a una mísera aldehuela, había sido fundada en 1325 sobre unos peñascos rodeados de pantanos y sin otra vegetación que carrizos. Comenzó de la nada, los fundadores no eran nadie, la gente los menospreciaba y huía de su trato. Pero en poco menos de doscientos años se habían transformado en el centro del mundo indígena; tan era así que cuando Cortés y sus huestes pasaron por Tabasco en marzo de 1519, oyeron a los naturales de esos parajes pronunciar el nombre de México con reverencia y espanto

Este pueblo, pues, era a la sazón un recién llegado; había alcanzado en relativamente poco tiempo lo que el hombre, antiguo habitante de los lagos, obtuviera después de varios siglos. ¿Cómo entender esto que parece cosa de milagro?

Contada a grandes rasgos esta es la historia: en una serie de sucesivas migraciones procedentes de diversos rumbos, el llamado Valle de México se había ido poblando hasta conformar un conglomerado de grupos que, pasando de una vida de cazadores y recolectores a otra de agricultores, tenían una cultura similar en muchos aspectos. Esto sucedió en el transcurso de no menos de catorce mil años.⁸ El último grupo inmigrante fue el de los aztecas.

8 Bernal, *Tenochtitlan en una isla*, p. 17.



Éstos no se nombraban a sí mismos con ese apelativo. En realidad ellos habían partido de un lejano lugar cuyo nombre era Aztlán, precisamente para liberarse del yugo al que los tenían sometidos los habitantes de dicho lugar, es decir, los verdaderos aztecas. La salida estuvo determinada, en gran parte, por la incitación de su dios tribal que les hablaba a través de un sacerdote guía.

Llena de peripecias en las que se mezclan el mito y la realidad, los mexicanos o mexi realizaron su peregrinación pasando por diversos "paisajes", confortados siempre por su númen. Siguiendo los consejos e indicaciones de éste, que les había profetizado y prometido su posterior encubramiento, hicieron su camino cazando, recolectando, asentándose a veces y cultivando. Se enemistaron entre ellos mismos, se separaron, y el grupo que perseveró, llegó finalmente a los lagos.

Ya en la región, que estaba toda ocupada, tuvieron dificultades con los moradores y en ningún sitio eran bien recibidos; no lograron en seguida lo que venían buscando. Cuando la situación parecía ya insostenible el dios indicó a los guías el lugar elegido; hallaron éstos el peñasco, el lugar de la blanca, pues allí todo era blanco; el sauce, el junco, el pez, la culebra . . . Y lloraron.

Regresaron después con todo el pueblo a bus-



car el águila galana que estaba posada sobre un nopal y, encontrándola, fundaron la ciudad entre carrizos y fango. El templo que erigieron inmediatamente a su dios fue tan humilde que apenas sí merecía ese nombre.

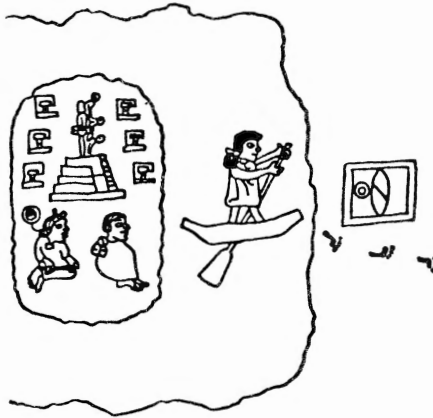
Años después, estos “pobres mexi” se habían elevado vertiginosamente sobre los demás, dominaban el Valle y ejercían su presión tributaria sobre un territorio que iba de océano a océano; desde Pánuco hasta Coatzacoalco por el oriente, y desde Zacatula hasta Ayutla por el occidente.

¿Ocurrieron así las cosas porque se trataba de un pueblo excepcional? Mucho de cierto hay en esto como lo prueba lo que de él pensaron los pobladores antiguos a quienes causaba repulsa y temor la ferocidad de los recién llegados. Pero ahondando un poco más en el asunto, las verdaderas razones de su rápido ascenso no pueden ser solamente la ferocidad y el arrojo.

En primer lugar, estos teochichimecas, atlacachichimecas o mexicas, no eran totalmente “bárbaros” en el sentido que se da a esta palabra, de gente nómada, cazadora y recolectora, ajena a las prácticas agrícolas. Por otra parte, en el recorrido que hicieron desde la periferia de Mesoamérica hacia la región nuclear y ya en ésta, fueron adquiriendo los elementos culturales que les faltaban y que habían sido elaborados en el transcurso de milenios por otros pueblos.



Estas explicaciones las ampliaremos abajo con más explícito cuidado y en base a fuentes documentales y estudios modernos que avalen lo que hemos afirmado. Sólo a la luz de más detenidas consideraciones podrá entenderse el adelanto de los mexicas en el orden político, social y económico. Pero antes será necesario echar una mirada al escenario donde se desarrollaron los acontecimientos y retroceder en el tiempo para enterarnos, a vuelo de pájaro, de la relación del hombre con el lago y su paulatina transformación. Detendremos nuestros ojos en el momento en que los mexicas hacen su aparición con el fin de ver el estatus de los pueblos ribereños, viejos pobladores a los que aquellos advenedizos habrán de sojuzgar en breve.



Comienzo de la migración en el año 1 Pedernal. (*Tira de la peregrinación, 1*)



Coatepec, lugar por el que pasaron los mexicas durante su peregrinación y donde su dios Huitzilopochtli les ordenó hicieran una represa; de esta manera el sitio adquirió la apariencia del lugar que buscaban para su asentamiento definitivo. (Lámina del capítulo 3 de Historia de la Nueva España de fray Diego Durán.)



2. *El escenario y los hombres*

Hoy resulta bastante difícil imaginar con exactitud el aspecto que presentaba la región de los lagos en la época prehispánica, pues tanto la acción del hombre como la de la naturaleza han contribuido a su radical transformación.

Las primeras descripciones hechas por los españoles proporcionan mucha información acerca de ello, aunque a veces no concuerdan en los datos, por ejemplo cuando se refieren a las dimensiones de los contornos. Tampoco son uniformes, pues mientras a unos cronistas les interesó más dar una visión general, otros se preocuparon por los detalles precisos.

Hernán Cortés en su segunda carta, dirigida al emperador Carlos V, dice, antes de describir la ciudad de Tenochtitlan:

La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras y lo llano de ella tendrá en torno hasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. Y la una de estas lagunas es de agua dulce y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrillera pequeña de cerros muy altos que están en medio de esta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hace. El cual estrecho tendrá un tiro de ballesta, y por entre una laguna



y la otra, y las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. Y porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar todas las crecientes, corre el agua de ella a la otra dulce tan recio como si fuese caudaloso río y por consiguiente a las menguantes va la dulce a la salada.⁹

Como puede apreciarse, esta descripción es muy general y no da muchos pormenores, pero acudiendo a otros cronistas es posible que obtengamos un panorama más completo.

Se habla de una gran superficie plana rodeada de montañas que iban decreciendo en altura hacia el interior. Estas montañas estaban cubiertas por espesos bosques de pinos, encinos y robles, y por las vertientes corrían numerosos ríos pequeños. La mayor parte de aquella superficie plana estaba ocupada por dos lagos separados entre sí, aunque no totalmente, por una lengua de tierra en la que destacaban varios cerros. Ambos lagos diferían uno de otro no sólo en el tamaño sino en la calidad de las aguas. El que estaba al sur, llamado Chalco, era largo y estrecho y tenía agua dulce gracias a la gran cantidad de manantiales que allí había; en este lago se criaban peces de regular tamaño. En cambio el del norte o de

⁹ Cortés, *op. cit.*, p. 51.



Tetzcocho, era redondo y mayor, sus aguas eran saladas porque la tierra contenía salitre, y no consentía la existencia de peces más que pequeñísimos. Sin embargo, en su parte más septentrional había agua dulce aunque esta porción no llegaba a tener el volumen del lago de Chalco.

No estaban los dichos lagos a la misma altura. El de Tetzcocho era más bajo y por esa razón el agua dulce del de Chalco se desbordaba muchas veces sobre él. No obstante esto y el agua que conducían los ríos, ni dejaba de ser salado y amargo, ni subía mayormente de nivel. Este último hecho hizo creer que tendría algunas salidas naturales por donde se escurría el líquido pues en tiempos de secas apenas se podía navegar, los indios huían de los bajíos y con cuidado iban buscando lo más hondo para poder pasar con sus canoas.

En este punto referente a las aberturas naturales por las cuales se desaguaba la laguna de Tetzcocho, no hubo acuerdo, ya que algunos pensaron que por el contrario se trataba de vías que la surtían de agua procedente de las lluvias o del mar; y como a veces estaba más turbia y otras veces más clara y la vieran hervir o alborotarse en ocasiones, dieron en pensar que no había sumideros, sino manantiales.¹⁰

10 Conquistador anónimo, *Relación de algunas cosas de la Nueva España...*, p. 59-60; Durán, *Historia de las Indias de Nueva Es-*



Estos dos lagos de los que nos hablan las fuentes coloniales, quizá fueron en un remotísimo pasado un solo y grande lago. Los recientes estudios geológicos nos indican que tuvo origen cuando se formó la Cuenca de México, pues fracturamientos, hundimientos, fallas, rellenamientos, erupciones volcánicas, etcétera, produjeron una “hoya” o depresión rodeada de sierras por sus cuatro puntos cardinales,¹¹ y sin salida al exterior para las aguas provenientes de esas mismas sierras.

Las fuertes precipitaciones pluviales y la humedad general así como las numerosas fuentes y manantiales, parecía que asegurarían la existencia perenne del gran lago. Pero el hecho es que hubo alteraciones en la temperatura prevalente, cambió el régimen pluviométrico y disminuyó el caudal del subsuelo; entonces comenzó a declinar el lago y aparecieron algunas porciones —islas y penínsulas— que habían estado cubiertas por el agua. El azolvamiento contribuyó finalmente a fraccionarlo en seis lagos: los de Zumpango, Xaltocan y San Cristóbal al norte, el de Tetzoco en el centro y los de Xochimilco y Chalco al sur. Estos dos últimos quedaron separados del central por la pequeña sierra volcánica de Santa Catarina y,

paña..., v. I, p. 89-91; Cervantes de Salazar, *Crónica de Nueva España*, v. I, p. 25 y v. II, p. 33; Pomar, *Relación de Tetzoco*, p. 54.

11 Al oriente la Sierra Nevada, al poniente la Sierra de las Cruces, al norte las de Pachuca y Tezontlalpan y al sur la de Chichinauhtzin.



se comunicaban por un estrecho entre Coyoacán y el cerro de la Estrella; en tanto los del norte quedaron aislados por la serranía de la Villa y la comunicación hacia el de Tetzoco se producía a través de esteros profundos. De todos los lagos, el más bajo era el central y los más altos los del norte.

La humedad ambiental no declinó a tal grado que permitiera la ausencia de vegetación; por el contrario, había gran variedad de tules, espadañas y huejotes en el nivel inferior, encinos y mantos de pasto en las laderas, y coníferas en las partes más altas.¹²

En este lugar, a la orilla de los lagos, entre pantanos y tulares, fue pues donde el hombre desarrolló la cultura que culminó con el esplendor mexica. Pero no vamos a seguirlo en su aventura paso a paso desde los comienzos ya que esto llevaría mucho tiempo y no es propiamente el objeto de nuestro trabajo.

Bástenos saber que la extinción de la fauna mayor y posibles cambios climáticos en la Cuenca, empujaron a los grupos cazadores existentes a transformar su modo de vida. Tuvieron que contentarse de momento con la carne de animales más pequeños y con el alimento que proporcionaban los frutos y raíces de las plantas en estado

12 Maldonado-Koerdell, "La historia geohidrológica de la cuenca de México", p. 19 y 15-21.



natural. En estas condiciones, construyeron sus viviendas de materiales débiles y perecederos, de ramas y paja; no les hacía falta más.

Sin embargo, todos sabemos que tal tipo de economía no puede durar siempre; las plantas no cultivadas —cuando la caza mayor ha desaparecido— no bastan para alimentar a grupos de población cada vez mayores; por consiguiente el hombre tiene que inventar la agricultura y dar el gran salto.

En los alrededores de los lagos se fueron formando pequeños poblados de gente agricultora, sedentaria y fabricante de cerámica. En Zacatenco, El Arbolillo, Tlapacoya y Tlatilco, los pobladores hacían tejidos burdos y utensilios de piedra pulida. Cultivaban el chile, la calabaza, el maíz, el frijol, el *huauhtli*, la chíca, el jitomate y otras plantas. Estos alimentos —que ya podían comer cocidos y condimentados— los complementaban con animales del monte y lacustres como liebres, conejos, peces y ajolotes; también cazaban aves acuáticas.* Había comenzado la verdadera e íntima relación del hombre con el lago.

Más tarde proliferaron las aldeas, se incrementó la población en otros sitios como Gualupita, Chimalhuacán, Ticomán y Cuicuilco. Elementos culturales del occidente y de los olmecas llegaron hasta el Valle e influyeron notablemente en la

* Véase el Capítulo sobre Fauna en el Tomo I de esta Memoria.



evolución de esos pueblos hasta entonces muy semejantes y uniformes.

A fines del llamado Periodo Formativo la Cuenca sufrió una transformación considerable a causa de un período de sequía prolongado. El nivel de los lagos descendió, la flora y la fauna existentes disminuyeron y esto dificultó la supervivencia del hombre. Éste tuvo que forzar su inventiva para resolver la situación. Las técnicas agrícolas más o menos fáciles que lo habían sustentado hasta entonces, debieron cambiar pues la tierra se vio necesitada de agua. Es posible que en ese tiempo el hombre haya iniciado la irrigación llevando hasta los lugares de cultivo, por medio de pequeños canales, el agua de los ríos cercanos.¹³

La única región con suficiente agua para asegurar la irrigación de un área considerable, era Teotihuacán, pues contaba con la que bajaba de las sierras y desaguaba en el río San Juan y además con numerosos manantiales. La población allí establecida en forma dispersa dio origen a la que sería la gran ciudad de los dioses en el periodo clásico, a partir de los comienzos de la era cristiana.

Los teotihuacanos desarrollaron la agricultura practicando el sistema de milpa en las laderas de los cerros, en lugares con terrazas y en el Valle.

13 Bernal, *op. cit.*, p. 46.



Hicieron una vasta red de canales de riego y cultivaron también en chinampas.¹⁴

En Teotihuacán se inició la tradición urbana que tomaron más tarde los toltecas y grupos posteriores para la edificación de las suyas propias. En la época de su apogeo hubo además del grandioso centro ceremonial, una compacta aglomeración de casas habitación alineadas en calles y callejuelas; plazas, barrios de artesanos, mercados y una admirable red de drenaje.

Para llegar a esta civilización hubo de transcurrir muchísimo tiempo y si lo hemos contado en tan breve espacio, es porque nos urge encontrarnos de nuevo con los que edificaron Tenochtitlan. Por esta razón daremos otro largo paso hasta el momento en que la región de los lagos se halla habitada ya por numerosas gentes agrupadas en diversos señoríos y con una compleja organización en todos los sentidos.

Una tribu procedente del norte irrumpió en el Valle de México a principios del siglo X y arrasó con los vestigios de los teotihuacanos, pero asimiló sus elementos culturales. Se estableció primero en las inmediaciones del cerro de la Estrella y luego se expandió por diversos rumbos hacia Morelos y Toluca. Después fundó su capital definitiva en Tula. Se trata pues de los toltecas de

14 Piña Chan, *Una visión del México prehispánico*, p. 198.



Quetzalcóatl que extendieron su fama de conocedores de las ciencias y las artes hasta lugares como el lejano Yucatán incluso. Su imperio vino a terminar en Chapultepec, pero la influencia que irradió en el Valle fue muy poderosa ya que, después de la dispersión, diversos grupos se establecieron en Culhuacán y Xico principalmente.

A la caída de Tula, algunas tribus procedentes del norte avanzaron en oleadas sucesivas hacia el Valle. Llamados genéricamente chichimecas, estos pueblos guerreros y nómadas, pero no del todo desconocedores de prácticas agrícolas, se “civilizaron” al entrar en contacto con los toltecas. Entre ellos venía uno muy insignificante por entonces: el de los mexicas. Otro grupo era el de los llamados chichimecas de Xólotl. Éstos llegaron en 1224 y después de años de inestabilidad fundaron su capital en Tetzaco a mediados del siglo XIV.

En 1230 hicieron su aparición los tepanecas que se establecieron en Azcapotzalco; tras un lento progreso iniciaron en 1363 una era de guerras y conquistas hasta lograr la hegemonía del Valle que para ese tiempo estaba ya ocupado por otros grupos como los xochimilcas, chalcas, matlatzincas, cuitlahuacas, otomíes y otros.

El dominio completo del Valle por los tepanecas se realizó bajo el reinado de Tezozómoc quien,



por medio de sucesivas guerras y alianzas forzadas, conquistó Tenayuca, antigua capital de los chichimecas; los señoríos de los lagos del sur; Culhuacán, último reducto tolteca en el Valle; Xaltocan en el norte y, finalmente, el señorío tetzcocano. En muchas de estas conquistas intervinieron ya los mexicas como guerreros tributarios.



3. *La tradición hidráulica*

Estos pueblos, desde los humildes habitantes de las aldeas primitivas hasta los poderosos tepanecas, nacieron y crecieron a expensas de los lagos; por consiguiente las técnicas hidráulicas comenzaron a desarrollarse también en años muy tempranos. Como habíamos apuntado, quizá los primeros trabajos consistieron en canales de riego para abastecer de agua los cultivos que por las sequías quedaban privados de ella. El líquido para la subsistencia y consumo diario, fue al principio acarreado en cántaros y almacenado en grandes tinajas; los acueductos fueron obras mucho más tardías pues sólo las necesidades de grupos urbanos mayores hicieron posible su construcción.¹⁵

Sin embargo, las grandes obras hidráulicas no fueron tampoco tan recientes como hasta hace poco se creía. Según los datos proporcionados por las fuentes puede afirmarse que el control del sistema lacustre comenzó, por lo menos, desde la época tolteca;¹⁶ aunque si tomamos en cuenta el cultivo de chinampas, podríamos remontarnos aún más atrás, pues este procedimiento era ya conocido por pueblos de mayor antigüedad.

15 Piña Chan, "El agua de la cuenca de México...", p. 6; Bernal, *op. cit.*, p. 46.

16 Palerm, *Obras hidráulicas prehispánicas...*, p. 173.



Respecto a los orígenes de esta forma de cultivo, las fuentes no dicen nada y serán las investigaciones arqueológicas las que permitan decir la última palabra. En muy pequeña escala las chinampas se iniciaron, según Bernal, tal vez varios siglos antes de Cristo; pero esta práctica no pudo ser continua, pues en épocas de sequía el nivel de los lagos bajaba a tal grado que imposibilitaba su construcción. Durante esos periodos secos, los moradores debían acudir a técnicas de regadío, y más tarde volvían a retomar aquel sistema que les resultaba más productivo. De hecho así aconteció, por ejemplo, en Tetzcoco durante el reinado de Tlotzin. Alrededor de 1327 un grupo de toltecas que habían emigrado al sureste, regresaron y se mezclaron con los chichimecas introduciendo entre ellos muchos adelantos como la construcción de casas, la cerámica y la agricultura intensiva. En esa época el nivel de los lagos aumentó y el cultivo de chinampas se hizo otra vez posible.¹⁷

Investigaciones más o menos recientes permiten formular la hipótesis de que durante un periodo de mil doscientos años a partir de nuestra era, hubo escaso cultivo de chinampas debido a cambios hidrológicos en la Cuenca; pero hay evidencias de que ya existían antes del siglo I. Las excavaciones realizadas en 1970, en un lugar cer-

17 Bernal, *op. cit.*, p. 46 y 110.



cano a Tlaltenco, revelaron la existencia de suelo fabricado a mano por el hombre y ocupado por él. Es de suponer que este terreno habitado estaba rodeado de chinampas.¹⁸ Aunque por ahora no se pueda precisar su antigüedad, lo cierto es que constituyeron por siglos la base más importante de la economía lacustre.

El famoso viajero e investigador Alejandro de Humboldt dice de ellas:

La ingeniosa invención de las chinampas parece venir desde fines del siglo XVI; y es muy propia de la particular situación de un pueblo que, hallándose rodeado de enemigos y precisado a vivir en medio de un lago que cría pocos peces, estudiaba los medios de proveer a su subsistencia. Es probable que la naturaleza haya sugerido también a los aztecas la primera idea de los jardines flotantes. A las orillas pantanosas de los lagos de Xochimilco y Chalco, el agua agitada en la estación de las crecidas fuertes, arranca algunas motas de agua cubierta de yerba y entrelazadas con sus raíces. Estas motas después de flotar largo tiempo de un lado para otro llevadas por el viento, se reúnen a veces y forman islotillos. Alguna tribu de hombres demasiado débiles para mantenerse sobre el continente creyó deber aprovecharse de estas porciones de terreno que la casualidad les ofrecía y cuya propiedad no les disputaba ningún enemigo. Las más antiguas chinampas no eran sino motas de césped, reunidas

18 Armillas, "Gardens on Swamps...", p. 658.



*artificialmente, cavadas y sembradas por los aztecas. . .*¹⁹

Además de no haber sido inventadas por los aztecas, sino mucho antes, las chinampas no fueron ni son en realidad “jardines flotantes”, sino parcelas construidas artificialmente en lagos de poco fondo y mantenidas firmes en su lugar por medio de estacas de sauce. El nombre mismo lo indica pues deriva de la palabra náhuatl *chinámitl* que quiere decir seto o cerco de cañas, cercado hecho de palos. Este “cerco” era rellenado con cieno del fondo de los lagos y con la vegetación acuática, esa sí flotante, hasta formar una parcela cultivable de forma rectangular. El procedimiento seguido de sembrar primero en almácigos y transplantar después, así como el proteger los cultivos de las heladas y abonarlos convenientemente con excremento de murciélago, permitía que las chinampas tuvieran un gran rendimiento.²⁰ En ellas cultivaban maíz, frijol, calabaza, chile, tomate, etcétera, y también gran variedad de flores.

Los lagos del sur, Xochimilco y Chalco, ofrecieron las mejores condiciones para las chinampas por el hecho de contar con numerosos manantiales y con un desagüe natural hacia la laguna de México. Ello tuvo vigencia por lo menos hasta

19 Humboldt, *Ensayo político. . .*, p. 134.

20 West y Armillas, “Las chinampas de México. . .”, p. 166-168.



antes de la llegada de los mexicas, porque éstos, como se verá, perjudicaron enormemente las siembras y habitaciones de los pobladores sureños.²¹

Fue tan importante esta zona que todos los pueblos allí establecidos recibieron el nombre genérico de chinampanecas aun cuando su origen étnico fuera diverso. Los más característicos de los que tenemos noticia eran Xochimilco, Tláhuac, Tetelco, Tezompa y Míxquic. Es posible que también en los lagos del norte haya habido pueblos chinamperos, tal vez no tan importantes como los meridionales; pero de ellos poca información hay en las fuentes.²²

De cualquier forma, la construcción de chinampas implica el conocimiento de técnicas hidráulicas avanzadas que permitieron incluso la existencia de ciudades hechas a mano dentro de la laguna. Según los cronistas del siglo XVI, la mayor parte de las casas de Coyoacán, Mexicaltzinco, Iztapalapa, Xochimilco y otras, estaban hechas sobre pilotes dentro del agua. Pero aún más, excavaciones modernas realizadas en Tláhuac, que estaba en medio de los lagos de Chalco y Xochimilco, permiten suponer que no era una isla natural, sino que fue hecha por el hombre a base de acumulación de materiales.²³ Esto, que parece tan sen-

21 Rojas, "Aspectos tecnológicos de las obras hidráulicas coloniales", p. 26.

22 Palerm, *op. cit.*, p. 174.

23 Armillas, *op. cit.*, p. 658, nota 11.



cillo, no consistía solamente en ir amontonando piedra y lodo hasta formar una superficie donde construir o cultivar. Quienes llevaron a cabo estas obras hubieron de tomar en cuenta el espacio para calles y acequias, pues de otra manera las chinampas no hubieran sido factibles.

Ahora bien, los pueblos no chinamperos, o de los que no se tiene noticia segura de que lo fueran, también hicieron obras hidráulicas importantes, una de ellas fue la desviación del río de Cuauhtitlán.

Según Orozco y Berra, los habitantes de Cuauhtitlán, que no hacían sacrificios y ni siquiera levantaban templos, permitieron a los de Culhuacán establecerse en tierras cercanas y edificar un templo en “Tlamacazcan in altépetl”, dentro de la ciudad. Estos culhuas, más adelantados que los cuauhtitlanenses, engrandecieron Cuauhtitlán y realizaron las obras de desviación del río que había destruido ya muchas casas.²⁴

Los *Anales de Cuauhtitlán* relatan así lo acaecido:

Pensaban los chichimecas [de Cuauhtitlán] al poner allí a los colhuas, que alguna vez se los llevaría el agua y se enfadarían y quizá se irían a otra parte. No fue posible, antes por allí creció el ser de Cuauhtitlán que ahora tiene. Además cuando los

24 Orozco y Berra, *Historia antigua de México*, v. III, p. 186.



*colhuas fueron allí asentados, allí estaba el río y allí se repartía el agua de las avenidas; después se cambió el río, porque el agua se llevó las casas y los toltitlaneses se destruyeron, por eso se cambió el cauce del río. . .*²⁵

Este texto explica que la desviación del río fue hecha por causa de las inundaciones que provocaba. Más adelante los *Anales* añaden que el cambio del curso se aprovechó para irrigar terrenos haciendo una represa:

*En el mismo año 4 ácatl, se torció y cambió el río de la ciudad de Cuauhtitlán, que entra en las heredades ajenas de Huexocoltítlan y pasaba por en medio de la ciudad. La causa porque se cambió, fue que muchas veces sucedió que todo arrasaba el agua y se derrumbaban las casas en tiempo de avenida. También cuando se cambió el río se habían derrumbado cien casas en Toltitlan, que estaban deshabitadas, en que nadie había, y todas las casas se las llevó el agua con la voluntad de los cuauhtitlaneses. . . Al fin después se afligió el rey Tecocohuatzin, mandó que se escarbara la tierra del agua, y por allí se desvió el río donde hoy está. Durante dos años se escarbó la tierra del agua, después se estancó la corriente.*²⁶

El texto sigue diciendo que en 1433 cuando los tepanecas de Tonanitlan fueron a establecerse en Toltitlan por favor que les hizo Tecocohuatzin,

²⁵ *Anales de Cuauhtitlan*, p. 30.

²⁶ *Ibidem*, p. 49.



éste les pidió que fueran a represar el río en el lugar que se llamaba Tepolnexco; lo cual hicieron con vigas que pusieron enhiestas y juntas. Esta represa torció otra vez el curso del río y fue a desembocar en la laguna de Citlaltépetl. Dos años más tarde se completaron los trabajos de represar el río: "se limpió del todo la acequia; en siete años se restauró del todo el canal y se secó enteramente el caserío. . . Este canal se llama hoy Aytíctli y ya está convertido en sementera".²⁷

Estos textos debèn interpretarse así, de acuerdo con Teresa Rojas, quien ha hecho un estudio sobre el asunto: primero estancaron la corriente del río; luego excavaron una represa y un cauce para encaminar el agua a la laguna de Citlaltépetl; limpiaron el viejo cauce, lo restauraron y lo conservaron como acequia de riego. Por tanto cabe pensar que las obras se hicieron no sólo para evitar inundaciones sino también para utilizar el agua en obras de riego.²⁸

Si lo que dicen los *Anales* es exacto y la interpretación anterior correcta, no cabe duda de que las obras fueron realmente significativas en cuanto a trabajo humano y técnica se refiere.

Otras muchas empresas de tipo hidráulico deben haber llevado a cabo los habitantes del Valle,

27 *Ibidem*, p. 49-50.

28 Rojas, *op. cit.*, p. 86-87.



ya que las actividades lacustres no estaban limitadas a la agricultura. La pesca y la cacería acuática también tuvieron importancia, por tanto debe de haber habido calzadas, puentes y desembarcaderos. En realidad no es posible atribuir sólo a los mexicanos las técnicas avanzadas, sino más bien pensar que éstos reconstruyeron y perfeccionaron un sistema más antiguo que nosotros desconocemos por falta de datos.

Todo lo que hemos dicho explica, en parte, la grandeza de los mexicas, pues éstos encontraron, valga la expresión, la mesa puesta. Pero, como habíamos convenido, ahora los pondremos a ellos bajo la lente para seguirlos durante su peregrinación con el fin de dar pormenores del bagaje cultural que portaban y que, aunado a las experiencias de sus predecesores en la escena, hizo posible las obras que efectuaron para dominar a su vez el medio lacustre.



4. Los últimos en llegar

Los mexicanos salieron de allá, del lugar llamado Aztlán, el cual se halla en mitad del agua; de allá partieron para acá los que componían los siete calpullis... Venían, pasaban en canoas cuando colocaban allá sus axoyates; de allá del mencionado lugar llamado Quinehuayan, la cueva, Chicomóztoc, fue donde salieron los siete calpulli de los mexicanos.²⁹

Así explica una crónica de principios del siglo XVII, el origen de los mexicanos; de la misma manera, casi todas las crónicas y códices que refieren el mismo asunto, aluden a Aztlan, lugar de blancura, como una isla. Otra relación es más explícita y no solamente habla de ella sino que especifica qué hacían allá los mexicanos, a qué se dedicaban y cual fue la razón de su salida. Dice que los nombrados mexicas o mexis se separaron de los llamados aztecas a quienes servían y para los cuales sembraban, pescaban con redes y cazaban. Eran ribereños, hacían trabajos de tipo lacustre y sus amos los dominaban, los esclavizaban, les exigían todo aquello que produce el agua: pescado, ranas, *tecuítlatl*, *izcáhuítl*, *ocuiltamalli*, *axaxayácatl*, *acocolin* y *ahvauhtli*. También les exigían aves lacustres como el pato, el chichicuilote, el ave picuda; el plumaje de las gallinas de agua. Y cuando estos ribereños se

29 Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, p. 15-16.



cansaron del yugo a que estaban sometidos, rogaron a su dios tutelar que los sacara de allí, que se compadeciera de ellos; y el dios les dijo que ya había ido a buscar un buen sitio para que vivieran y que había encontrado un lugar tan bueno como Aztlan, donde también había una laguna.³⁰

Y así fue como un grupo de siete calpullis decidieron emigrar porque ya no les era soportable el estar como esclavos, trabajando para otros. No obstante que el tipo de labores que allí realizaban les era pesado y dificultoso, cuando tomaron su decisión pensaron desde luego en un lugar idéntico, en una isla, en una laguna. Para llegar al sitio deseado tuvieron que recorrer largo camino y tan largo, que muchos no pudieron seguir, los ancianos y los enfermos, sobre todo.

En los parajes que atravesaron no encontraron siempre las condiciones óptimas para la vida; muchas veces tuvieron que recurrir a medios no precisamente lacustres, para subsistir y poder continuar hacia su destino. Se adaptaban al medio geográfico; si tenían que cazar, cazaban; si podían sembrar, sembraban; pero a fin de cuentas, en ningún lugar se quedaban porque, aun cuando éste fuera fértil, no los contentaba por completo y así, seguían adelante.

Cuando tuvieron oportunidad de reproducir su

30 Castillo, *Fragmentos históricos...*, p. 82.



habitat originario, lo hicieron con el consentimiento de sus guías y de su deidad que quería enseñarles la semejanza con la tierra prometida. Así sucedió en Coatepec, cerca de Tula:

Asentados ya y puestos en orden en sus tiendas, alrededor del tabernáculo, por el orden que su dios y sacerdote les mandaba, unos a oriente y otros a poniente, al mediodía y al norte, mandó en sueños a los sacerdotes que atajasen el agua de un río que junto allí pasaba, para que aquel agua se derramase por todo el llano y tomase en medio aquel cerro donde estaban, porque les quería mostrar la semejanza de la tierra y sitio que les había prometido.

Hecha la presa, se derramó aquel agua y se tendió por todo aquel llano, haciéndose una gran laguna, la cual cercaron los sauces, sabinas, álamos; pusiéronla llena de juncias y espadañas; empezóse a henchir de pescado de todo género de lo que en esta tierra se cría. Empezaron a venir aves marinas, como son patos, ánsares, garzas, gallaretas, de que se cubrió toda aquella laguna, con otros muchos géneros de pájaros que hoy en día la laguna de México tiene y cría.

*..Hinchóse así mismo aquel sitio de flores marinas, de carrizales, los cuales se hinchieron de diferentes géneros de tordos, urracas, unos colorados, otros amarillos, que con su canto y chirrido hacían gran armonía . . .*³¹

Parecía que con esto ya nada les hacía falta;

31 Durán, *op. cit.*, v. II, p. 32.



muchos de ellos se alegraron y como vieron que la vida les era fácil decían: “Aquí es tu morada, Huitzilopochtli. . . aquí te conviene ensalzar tu nombre. . . manda a tus padres y ayos que hagan junta sobre ellos y que se concluya el andar a buscar más descanso del que aquí tenemos. . .”

Pero no era esto lo que apetecía al dios, y entonces los débiles, los que habían promovido la rebeldía, amanecieron muertos y los guías ordenaron destruir la represa; con lo cual todo acabó, pues la vegetación que tan afanosamente habían logrado, se secó por falta de agua y todos los animales perecieron:

. . . acto seguido se secó todo: el ahuehuete, el sauce, la caña, el carrizo, el atlacuezonalli y se murió todo cuanto vivía en el agua: el pez, la rana, el renacuajo, el insecto cabezudo, la mosca pantanera, el camaroncito, los aneztes y se desbandaron, se fueron todos los patos, los ánades, las avefrías, los estorninos, la garza, los de cuellos amarillos, los de las espaldas coloradas, los pájaros todos. . .”³²

Después de esta destrucción continuaron el camino los que quedaban, espantados del enojo de su dios, pero más que nunca confiados en sus promesas.

En Tula estuvieron poco tiempo; cuando llega-

32 Tezozómoc, *op. cit.*, p. 36.



ron a Tequixquiac, los moradores les permitieron hacer sementeras. Más adelante tuvieron pleitos con los de Tzompanco; pero en Xaltocan otra vez sembraron y además hicieron una cerca de tierra para su defensa; aquí era la tercera vez que hacían chinampas y en ellas cultivaron maíz, bledo, frijol, calabaza, chile, jitomate; y luego en Epcóac volvieron a hacer chinampas.³³

Salta a la vista, pues, que las fuentes nos hablan de los mexicanos como gente no sólo acostumbrada a vivir en un medio lacustre y a beneficiarse de él, sino incluso como un grupo muy consciente de lo que pretendía y anhelante, en realidad, de encontrar “su propio Aztlan”.

Por supuesto, el hacer sementeras y chinampas, el aprovecharse de la fauna acuática y el saber represar ríos, no es lo único que los identifica como portadores de una cultura mesoamericana que les facilitaría después la supervivencia en los lagos centrales de México.

Sobre este asunto se han hecho ya estudios interesantes en los que se concluye que los mexicas provenían de un lugar lejano, sí, pero dentro del área cultural de Mesoamérica, y que no eran ajenos por tanto a prácticas altamente civilizadas. Desde Aztlan construían “camellones” para el cultivo, conocían sistemas de riego, hacían chinampas. En su migración, al contacto con grupos

33 *Ibidem*, p. 37-38.



más cercanos al centro, fueron evolucionando cada vez más. Usaban el arco y la flecha además del *átlatl* y la red; tenían una organización social y división del trabajo; sabían computar el tiempo a la manera mesoamericana; poseían una religión más o menos elaborada con ritos y ceremonias; hablaban náhuatl; componían cantos y danzas, etcétera.³⁴

Todos estos elementos culturales explican por qué llegaron a la cúspide en tan poco tiempo; pues con ellos les fue fácil aprovechar ventajosamente lo que encontraron a su llegada: toda la experiencia de los pueblos que se habían asentado antes en el Valle, como ya hemos dicho.

Ahora, es claro que no fue descansada su labor de conquista. Continuamente eran rechazados porque, a pesar de no ser unos completos bárbaros, “nadie conocía su rostro”, no se sabía qué pretendían. Cuando se supo, cuando por espanto ante su ferocidad, se les dejó habitar en un islote indeseable, ya era tarde. Allí, en tiempos de Itzcóatl, “comenzó para siempre la gloria del mexicano tenochca”.

Puede explicarse la elección que hicieron por razones religiosas, pues su dios les había señalado aquel sitio y ellos siguieron las instrucciones divi-

34 Martínez Marín, “La cultura de los mexicas...” y *La peregrinación de los aztecas, passim*; Castillo Farreras, *Estructura económica de...*, p. 19-28.



nas al pie de la letra aunque sólo veían peñascos y tulares. Pero en realidad aquella isla que quedaba en los términos de Azcapotzalco, Culhuacán y Tetzaco, reunía condiciones especiales de seguridad. Como no parecía ser de nadie ni nadie la ambicionaba, podrían establecerse allí sin ser molestados y luego, su defensa resultaba relativamente fácil pues sólo podía ser atacada por agua.

El resto, estaba en sus manos: hacer su ciudad y engrandecerla; edificar templos y palacios cada vez más suntuosos; dominar el Valle y ser dueños de todo lo que producía la tierra.